

Zeitschrift: Textiles suizos [Edición español]
Herausgeber: Oficina Suiza de Expansión Comercial
Band: - (1953)
Heft: 2

Artikel: París : con motivo de las presentaciones
Autor: [s.n.]
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-797459>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. [Siehe Rechtliche Hinweise.](#)

Conditions d'utilisation

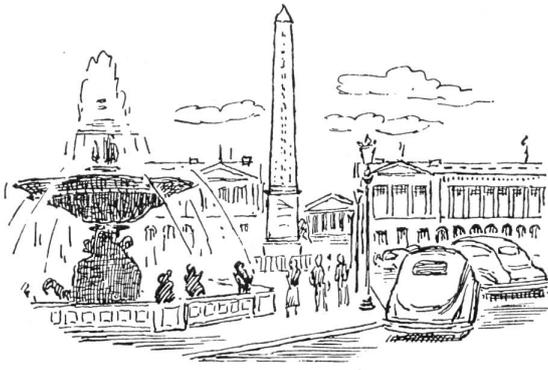
L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. [Voir Informations légales.](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. [See Legal notice.](#)

Download PDF: 02.04.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>



PARIS

Con motivo de las presentaciones

No, no pretendo hablaros de las presentaciones de la moda para esta primavera de 1953. Ya en el último número de «Textiles Suizos» se os dijo perfectamente lo que en ellas había a la par de disparatado, de desconcertante y a la vez de encantador. Y las fotografías que ilustraban ese número de la revista, así como las que figuran en el presente, son más bellas que cualquier descripción y más elocuentes que todo comentario. Porque la moda para la primavera siempre será una apoteosis de los tejidos vaporosos, aéreos o florecidos.

El deseo que me anima es más sencillo, pero también más ambicioso; consiste en poner de relieve la utilidad de que perduren esas representaciones. ¿Sabéis que pronto serán ya centenarias? — En efecto, según se cree, fué en 1856 cuando fueron inventadas por el fundador de la dinastía de los Worth impulsado por el amor. Acababa de casarse con su maniquí o, como se decía por entonces, con su «señorita de almacén». Realizaba sus creaciones sobre el cuerpo mismo de su esposa que le servía también para enseñar los últimos modelos debidos a su talento. ¡Cuánto se le debe a aquel Carlos Federico! El fué quien inventó todo lo referente a la modistería moderna, a partir del establecimiento en aquel barrio apartado que era por entonces la «rue de la Paix», hasta la colaboración con los fabricantes de tejidos de seda, de algodón y de lana, sin olvidar a los fabricantes de encajes auténticos o mecánicos.

Fué un apóstol al mismo tiempo que un advertido comerciante. A continuación, sus sucesores no hicieron más que perfeccionar la fórmula, pero ninguno de ellos llegó jamás a lograr las cifras de ventas de aquel modisto bigotudo. ¡Qué audacia para un comerciante de aquella época! (¡Me refiero al bigote!) Hacia 1868 y 1870 realizaba anualmente ventas por 50 millones de francos oro, esto es, por más de diez millones de francos franceses de los de ahora. Ya no existe su «château» del Mont Valerien; el famoso comedor, en el que todos los muebles y todos los objetos representaban caracoles, fué desmantelado por el pico de los albañiles y en su lugar se alza ahora una amplísima casa de salud. Pero, más que un mero nombre, más que un recuerdo, lo que ha dejado es una vía gloriosamente trazada.

Y desde hace unos cien años, lo mismo si los alemanes se encuentran a las puertas de París, como en 1914, que si las franquean, como en 1940, los salones de las casas de costura presentan a diario, a pesar de las convulsiones políticas o militares, del frío, de la canícula, de las huelgas, de la carencia de alumbrado o de calefacción, unas colecciones que han de ser cada vez más bellas y siempre renovadas.

Al principio de cada una de las estaciones, los fabricantes de textiles asisten a las presentaciones para ver cómo han sido tratados sus hijos después de que se los propusieron a los creadores. Aquella visita ritual que tuvo lugar unos dos meses antes de la presentación de los nuevos modelos se repite siempre idéntica a sí misma. Cuando vienen, los tejidos, las puntillas, los bordados, se encuentran esmeradamente ordenados en baúles. Van colocando las muestras, una a una, sobre la mesa ante la cual está sentado el modelista que adopta voluntariamente un aspecto impasible. Sin pronunciar una palabra,

este último desecha lo que no le gusta, barriéndolo de la mesa de un manotazo. A veces, al padre le preocupa el que uno de sus hijos preferidos no haya gustado, pero suele conservar casi siempre la misma impasibilidad que su contrincante, y sus ayudantes van apilando de nuevo las muestras desdeñadas.

Pero ya no es lo mismo el día de la colección. El padre va a volver a ver a sus hijos al salir del internado y a menudo, además de estar ufano, se pasma al ver en ellos nuevas virtudes que no hubiera creído posible fuesen exaltadas.

Durante meses, el fabricante tuvo que escuchar las quejas de los modistos que se lamentan sobre los tiempos actuales, sobre la carencia de poder de compra por parte de la clientela, que gimen agobiados por impuestos y contribuciones, que invectivan contra las importaciones difíciles y las exportaciones problemáticas, que truenan contra los que los imitan, que se creen acosados de la ruina o acorralados al suicidio.

Algo hay de cierto en todo eso, pero el fabricante sabe perfectamente que la modistería se renueva (lo mismo que Anteo, hijo de Neptuno) cada vez que entra en contacto con su suelo, el suelo de París. Entonces lo toma a pecho filosóficamente ya que sus nobles esfuerzos de artesano no fueron y no serán nunca vanos. Los sacrificios que aceptó para llegar a complacer a esa Gran Coqueta que es la Costura resultarán sacrificios remuneradores. Seguirá escuchando las quejas, se hace cargo de lo que es comedia y de lo que es tragedia y prosigue su labor.

Y la vida de París continúa. A diario, en los salones del modisto se reúne una muchedumbre para asistir a la presentación. Como en el teatro, en la modistería hay función todas las tardes. Las actrices representan sólo papeles mudos, aunque se expresen bien con el busto, las piernas y los pies. Algunas veces, el desfile salta por encima de las candilejas con motivo de alguna soaré en París, o bien, el espectáculo tiene lugar en un salón que sirve de escenario. Un estreno general en el Teatro Francés de una pieza de Jean Anouilh o de Marcel Achard, una nueva serie de ballets de Roland Petit o del Marqués de Cuevas, un espectáculo inédito en la Opera hasta para ver los vestidos de las presentaciones diseminados y llevados por las damas de París.

Frecuentemente también, el desfile se realiza sobre el escenario al mismo tiempo que en la orquesta, como ocurrió hace pocos días en la revista de Doelnitz «Triple Galop».

Ya se va preparando París para la temporada. Los vestidos podrán ser vistos entonces hasta en los hipodrómos, en el Campo de Polo de Bagatelle, en los restaurantes del Bosque de Boulogne o en Monfort, en casa de Carrère.

Pero, en el fondo, se trata siempre de presentaciones de la Moda, figurando en primera fila el mismo público de damas de la Sociedad, de gente pudiente y de periodistas.

Solamente que, en vez de bailar bajo los haces de los proyectores, los organdíes revolotean al sol, sobre un fondo de verdor.

Y todas las tardes a la misma hora, impasibles y sonrientes, las que se ha dado en llamar maniqués, seguirán presentando sobre sus cuerpos altos y flexibles los más bellos tejidos del mundo, los que París elige y presenta.

X.X.X.